



REVISTA DEL CUERPO DE BOMBEROS EN EL PARQUE.

—Nada, hombre, nada. ¡Hay tan poca luz en este infierno! Tropecé y caí: eso es todo. Y ahora a la máquina.

A la máquina fueron; enjugando Braulio con las mangas de su tiznado chaquetón de trabajo los lagrimones que hacían surcos blancos en su ennegrecido rostro; y Roque detrás, extrañándose por momentos de todo lo que veía, porque eso de caerse un hombre que podía andar con los ojos cubiertos por aquellos andurriales... y, aunque se hubiera caído, eso de llorar por tan poca cosa, ¡vamos, que no era posible!

—Enciende,—dijo Braulio; y a los pocos momentos en las parrillas de los hornos aparecieron las primeras brasas; cayó sobre éstas, paletada tras paletada de negro combustible; escapóse el humo a borbotones; la bruñida mole estiraba sus miembros, pifando de impaciencia; en las paredes del depósito, se reflejaron los fuegos del horno con resplandores de incendio. El señor Braulio miró el manómetro.

—En marcha,—dijo; y el monstruo echó con estrépito por sus escapes, torrentes de vapor que lo envolvieron en blanquecina niebla; deslízose lentamente por los rails; maniobró varias veces, y, a los pocos momentos, corría bajo el túnel metálico de la estación; parábase a la altura de la primera aguja; y, retrocediendo cada vez más despacio, fué a unirse con fuerte topetazo, al lujoso convoy del tren expreso, que se desentumeció, al brusco contacto de la máquina.

Amanecía; por la boca del ancho tinglado de hierro entraba luz a chorros; los viajeros, arrastrando mantas y maletas, metíanse a toda prisa en los vagones, para coger sitio, y postura en que continuar el interrumpido sueño; sonaron los timbres del telégrafo; corrían los empleados; cerráronse las portezuelas de los coches; oyóse el toque de una campana; luego un silbido largo y tremendo; contestó la máquina con una vomitona de vapores y un aviso chillón de su sirena, y, con arrancada mucho más brusca que de costumbre, deslízose el tren con velocidad creciente, dejando atrás las miradas estu-



GRAN FESTIVAL POPULAR EN LAS ARENAS.—DESFILE DE LA GUARDIA MUNICIPAL.

pidas de los que lo veían alejarse, con la envidia que produce todo lo que se va.

El tren corría y corría, devorando kilómetros, pueblos, montañas, sin que Braulio y el fogonero Roque hubieran pronunciado más palabras que las precisas para el buen gobierno del convoy.

—Más,—decía con frecuencia el maquinista; y Roque, abriendo las compuertas de los hornos, pagaba las ardientes bufetadas del fuego, con montones de combustible.

El día llegó a su mitad. Se acercaba para aquellos hombres y aquella máquina el término del viaje. Nuevos brazos y nuevos hierros llevarían el tren a su destino.

—Hoy no diréis que llevamos retraso,—murmuró el fogonero, viendo las impacientes de su jefe, ante las forzosas detenciones del convoy.

—Oye, Roque,—habló de pronto el segundo,—¿tú sabes si alguno me quiere mal en la compañía?

—Si acaso, el señor Martín.

—¿Por qué?

—Dice que por culpa de usted, lo han echao al corto. Salió ayer tarde, y ahora, cuando nosotros lleguemos hará viaje otra vez. ¡La verdad es que lo han partido!

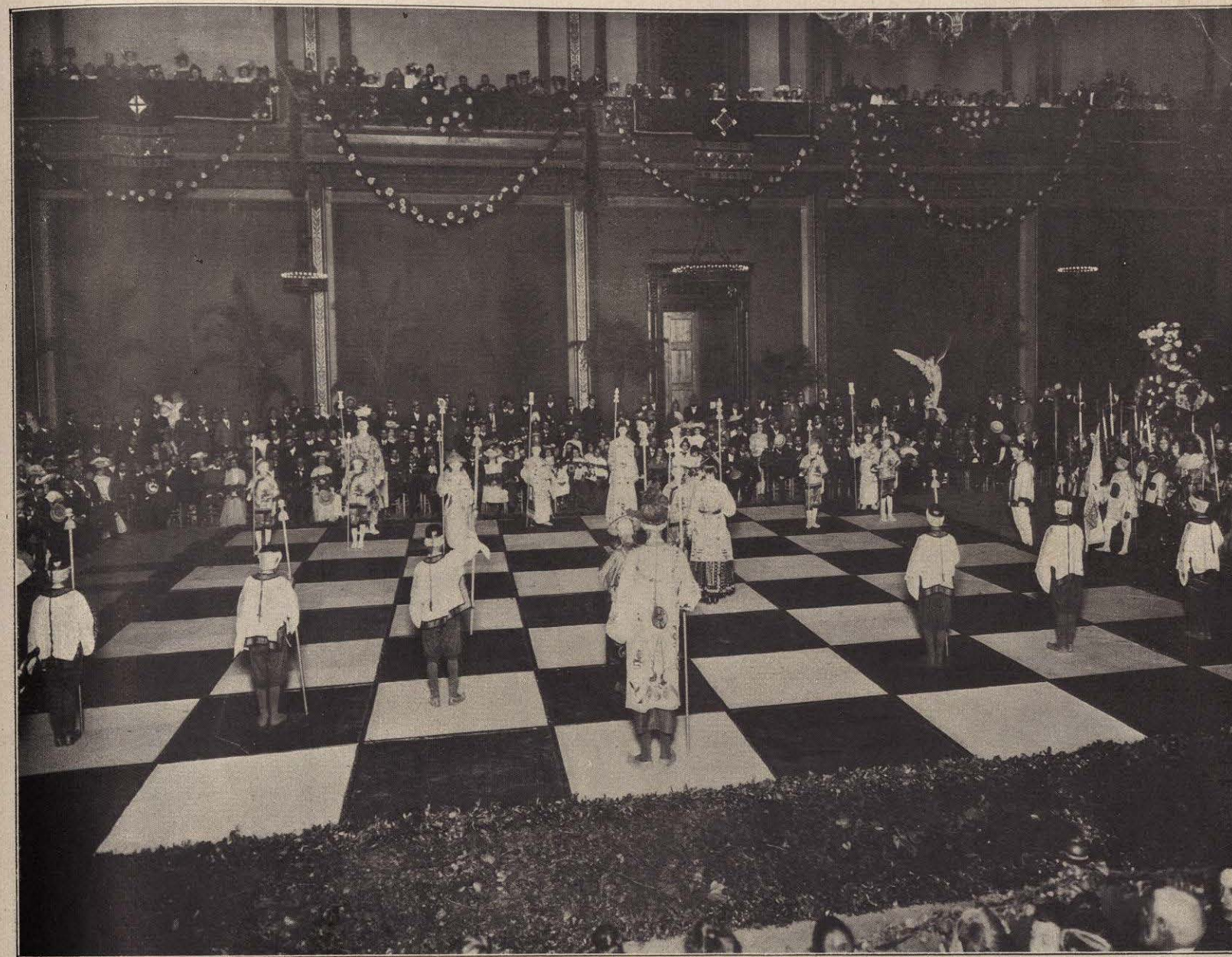
No hablaron más. En lontananza aparecieron las verdes colinas que anunciaban a Braulio las proximidades de la dicha; la campiña iba tomando caracteres de caserío; se percibían rumores de ciudad; una niebla quieta, sujeta a tierra por colgajos de humo, interponíase entre el cielo y el poblado.

De pronto, el tren, desliziéndose a todo correr por las laderas de las colinas, desembocó en el llano.

Los ojos de Braulio se clavaron en un punto del horizonte; y, como si aquel punto lo atrajera con fuerza irresistible, lanzó el convoy por la cuesta abajo, con velocidad espantosa.

—Señor Braulio, señor Braulio; vamos muy deprisa,—atrevióse a decir el fogonero.

El maquinista, fija la mirada en el punto blanco, no contestó.



EL AJEDREZ VIVIENTE, EN EL GRAN SALÓN DEL PALACIO DE BELLAS ARTES.

—Señor Braulio, ¿no silbamos?

—No.

La ciudad corría al encuentro del tren.

Ante los ojos admirados de Roque, apareció el túnel metálico de la estación, abriendo su boca cada vez más; y el aturdimiento trocóse en espanto, al ver que el maquinista mantenía la misma vertiginosa velocidad.

—¡Frenal! ¡frenal!—gritaron los empleados, en el colmo del terror, al observar que el expreso cruzaba los andenes con la furia de un ciclón.

—¡Más fuego, más fuego!—gritaba Braulio.—Hoy llego a tiempo, y llego en silencio.

El tren precipitose vía adelante, como si quisiera embestir la blanca casita guardadora de los tesoros del obrero.

Llegaban. La puerta falsa de la casita, abrírase para algo más, que para dejar paso a la deshonra.

—¡Frenal! ¡frenal!—gritó Roque.

Una máquina, maniobrando, venía a todo correr en demanda de la estación. — ¡Es Martín! — rugió Braulio.

Los hierros de las dos máquinas se mezclaron en estallido enorme; pedazos de hombres fueron a salpicar con sangre las paredes risueñas de la casita blanca.

MARIANO TURMO

## FACETA

(LA PROVIDENCIA)

EL río viene turbio, crecido. Un niño, pasando por la orilla, cae dentro de él; bracea un momento, se hunde, reaparece y de nuevo va al fondo.

Las aguas se cierran sobre su cadáver.

Dos hombres han presenciado la catástrofe; de muy le-

jos uno, de muy cerca el otro. Este podía salvar al niño, y ha mirado impasible su muerte.

El que estaba lejos se acerca.

—¿Ha visto usted cómo se ahogaba ese infeliz? — le pregunta.

—Sí, señor.

—¿No sabe nadar?

—Nado como un pez.

—¿Y no ha salvado al niño?

—¿Yo? ¿Me cree usted tan malvado?

—No comprendo...

—Eso les pasa a todos; no comprenden y, sin embargo, juzgan. Yo también, años antes, pensaba como usted. La experiencia me ha demostrado que me engañaba.

» En una ocasión evité que unos ladrones mataran a un político. Ese hombre desencadenó una guerra en la que perecieron muchos miles de hombres.

» Otra vez impedí que el fuego consumiese una casuca de un obrero

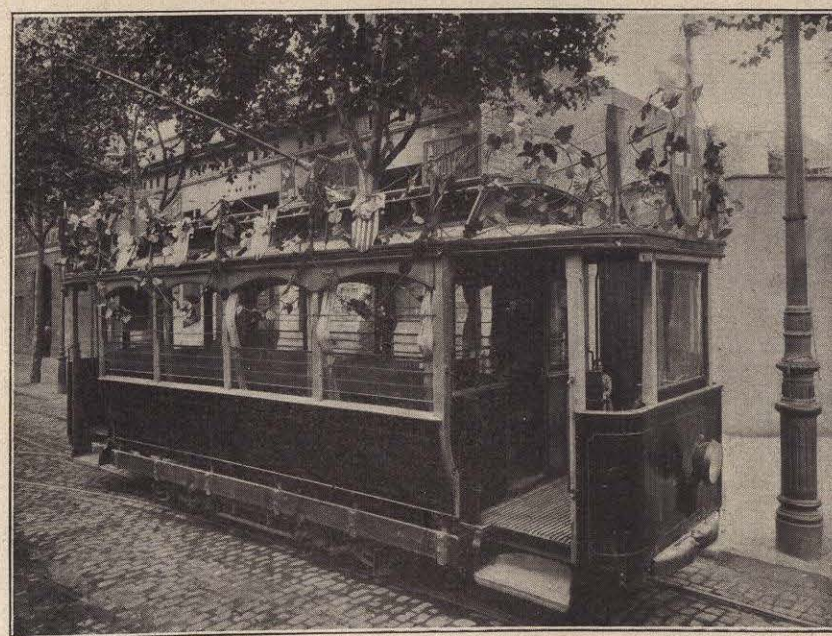
mío; pocos meses después se desplomó mientras yo entraba en ella y me hirió, este chirlo da fe de ello. Una niña hermosísima, de diez ó doce años, estaba a punto de ser devorada por dos lobos, hace unos diez años. La salvé exponiendo mi vida. Me casé, al cabo, con ella. Me abandonó, haciéndome padecer lo indecible, y ahora, en la ciudad, devora la fortuna de cuantos tontos caen en sus manos.

» Podría citarle otros ejemplos. Estoy seguro de que, haciendo memoria, recordará usted algunos también.

» ¿Y quiere usted que asuma el papel de Providencia? ¡Ah! ¡no!

» La verdadera bondad consiste en no oponernos a lo que ha de suceder?

» ¿Quién sabe si de este modo no evitamos horribles catástrofes? \*\*\*



CARRUAJE ADORNADO DE LA COMPAÑÍA ANÓNIMA DE TRANVÍAS.



LUIS LUNA



LO QUE ABUNDA EN TODO SPORT



Cuadro de ALBERTO PLA Y RUBIO.

NÚMERO DEDICADO A ESTE NOTABLE ARTISTA, É ILUSTRADO EXCLUSIVAMENTE CON OBRAS SUYAS